

En lo que es ido

Daniela Bojórquez

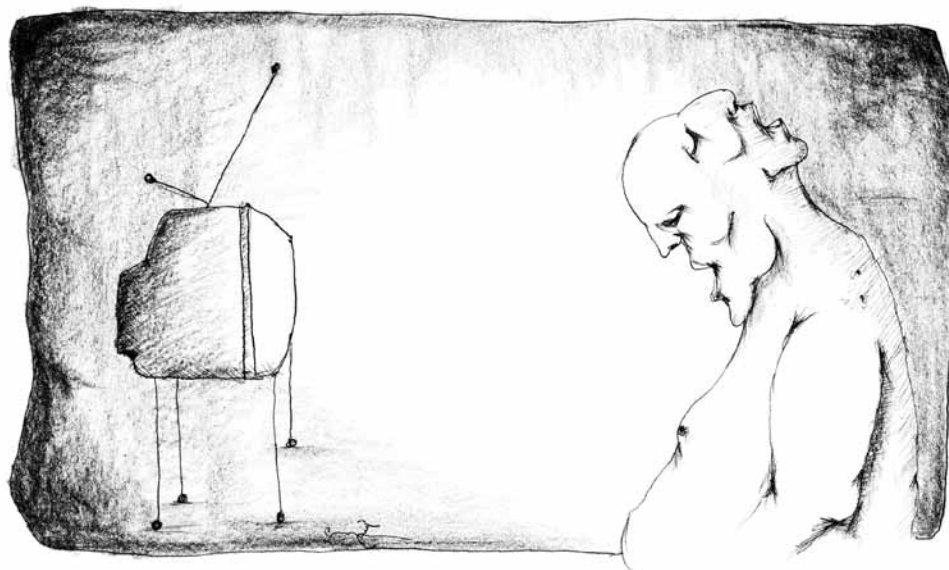
ENTRAMOS A UN HOTEL DONDE han ocurrido demasiadas cosas. Pero ya es tarde para buscar otro. La ventana de la habitación deja pasar la luz roja del letrero en la fachada: se apaga y enciende a intervalos, zumbando con cada cambio. Es noche cerrada. El rumor de la avenida cesa, junto con el sonido de los puestos ambulantes que se desmontan.

Él se tiende en la cama y de inmediato se duerme. Yo veo la televisión, lo abrazo por la espalda y me quedo dormida. Un rato después me despierta un grito de auxilio: lamento intenso como se supone sean los gritos de auxilio que parten la noche en dos. Un hombre está allá abajo, sufriendo a pocos pasos de este hotel, quizá ve de frente su final y le parece absurdo, por eso pide ayuda, porque aún cree que alguien, algo, puede salvarlo. Me levanto de la cama, descorro la cortina y miro afuera: nada. Sólo el letrero HOTEL que parpadea. Intento volver a dormir porque no, no seré yo quien salga. ¿Qué puedo hacer con este cuerpo semidormido contra tres tipos armados, o lo que sea que ataca a ese hombre?

Ahora esta noche es otra: existe en una ciudad que devora. La piel de mis brazos se eriza, me aferro con fuerza al cuerpo contiguo. No se ha despertado. Subo las cobijas hasta cubrirme el rostro mientras lamento el destino de quien está allá afuera.

Días después le recuerdo que entramos en un hotel donde habían ocurrido demasiadas cosas. Subimos las escaleras hacia las habitaciones, escaleras viejas, alfombradas en ocre, lámparas de luz insuficiente. Sentí que ahí habían ocurrido múltiples sucesos. No buscamos otro hotel porque estábamos muy cansados. Esa noche me despertó un grito, recuerda. No, estabas profundamente dormido, fue *a mí* a quien despertó. Él





asegura que se levantó, se asomó por la ventana para buscar al hombre y la calle aparecía tranquila y solitaria. Mientras tanto, yo dormía. *¿Qué decía el grito?*, me pregunta. Lo reproduzco: él me contiene y regaña por gritar *Auxilio* en un hotel. Los huéspedes o empleados no saben que estoy actuando. Tiene razón. Algo me orilló a gritar también, a tratar de ser fiel al volumen y al tono desesperado de aquel hombre. De cualquier modo nadie toca a la puerta de la habitación para saber qué ocurre, ni suena el teléfono desde el *lobby* para preguntar si estamos bien.

Lo cierto es que no lo estamos. Cada uno cree que el otro miente. Prefiero pensar que por diversión retórica estiramos la anécdota, en vez de analizar qué fue exactamente lo ocurrido aquella noche. Otro hecho de los innumerables de ese hotel, pienso. Contengo mis palabras porque aún me duele su regaño. Así suele ocurrir: si no digo las cosas como él espera que las diga, o si mi facultad histriónica me delata, lo desespero y me calla. He decidido contener ciertos dramas. Pero se quedan adentro, como las huellas de acontecimientos anteriores.

Hace poco él quiso llamarme desde un teléfono público. El aparato no daba línea, aunque se escuchaba algo: el monólogo de un adulto regañando a un niño. Contó que no se parecía el sonido a un cruce de conversaciones telefónicas, sino como si al descolgar la bocina

se hubiera abierto una puerta que daba al cuarto donde ocurría la escena. Él no evitó pensar que estaba oyendo algo *que de hecho ocurría*, aunque a cierta distancia temporal o espacial, pero no por intangible menos *real*. Concordé con el sentimiento de inquietud que tuvo entonces, y que volvía ahora, al invocar la anécdota. Pensé, además, en la ingrata coincidencia de que hayan aparecido regaños justo cuando iba a llamarme. Pero eso sólo lo pensé. No quería interrumpirlo.

No he logrado convencerlo de que aquella noche escuché el grito de auxilio y estuve despierta durante un rato, hasta que calmé mis nervios y regresé el silencio de la calle. He pensado que quizá lo imaginé: no el grito mismo, sino que me haya despertado. Quizá yo soñaba mientras él se asomaba a la ventana. O él soñó que se asomaba.

Escribo esto mientras él duerme. Espero que las cosas mejoren: este tiempo donde las palabras se ponen rancias nada más de pronunciarlas. La avenida, siete pisos bajo esta habitación, comienza a llenarse de autos. Fumo. Lo miro descansar a través del espejo y recuerdo: lo conocí hace años, pero desapareció en unas horas. Luego nos comunicamos por correo. Eso daba tiempo para escuchar al otro sin interrupciones. Extraño eso de antes: lo que *podía* ser. Las volutas de humo espesan la atmósfera del cuarto mientras yo, frente al espejo, escribo sobre cosas que iban a ser y no fueron. ■